

Friedrich Nietzsche

Así hablaba Zaratustra



*Prólogo de
Dolores Castrillo Mirat*



Biblioteca Edaf

FRIEDRICH NIETZSCHE

ASI HABLABA
ZARATUSTRA

Introducción de
DOLORES CASTRILLO MIRAT



BIBLIOTECA EDAF

14

Director de la colección:
MELQUÍADES PRIETO

Diseño de cubierta: GERARDO DOMÍNGUEZ

© Del traducción: CARLOS VERGARA
© 1998. De esta edición, Editorial EDAF, S.A.

Editorial EDAF, S. A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, nº 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C. P. 15530. México, D. F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
edafmorales@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 - Buenos Aires, Argentina
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc
Av. J. T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S.A.
Huérfanos, 1178 - Of. 506
Santiago - Chile
edafchile@edaf.net

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

29ª edición, octubre 2005

Depósito legal: M-39.090-2005
ISBN: 84-7166-261-2

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas COFAS, S.A. Pol. Ind. Prado de Regordono - Móstoles- Madrid

tiembla porque le oprime una gota de rocío? Verdad es que amamos la vida; pero no porque estemos habituados a ella, sino al amor. En el amor siempre hay un poco de locura. Pero también siempre hay un poco de razón en la locura. Y para mí, también para mí, que me encuentro a gusto con la vida, las mariposas y las burbujas de jabón, y todo lo que entre los hombres se les asemeja, me parecen ser los que mejor conocen la felicidad. Deseos de cantar y llorar siente Zaratustra cuando ve revolotear estas pequeñas almas ligeras y locas, encantadoras e inquietas. Yo sólo podría creer en un dios que supiese bailar. Y cuando vi a mi demonio lo encontré serio, grave, profundo y solemne. Era el espíritu de la pesadez. Todas las cosas caen por su causa. Es con la risa y no con la cólera como se mata. ¡Adelante; maternos al espíritu de la pesadez! He aprendido a andar; desde entonces me abandono a correr. He aprendido a volar; desde entonces no espero a que me empujen para cambiar de sitio. Ahora soy ligero. Ahora vuelo. Ahora me veo por debajo de mí. Ahora baila en mí un dios.

Así hablaba Zaratustra.

DEL ÁRBOL DE LA MONTAÑA

ZARATUSTRA advirtió que un joven le rehuía. Una tarde, cuando caminaba solo por la montaña vecina de la ciudad llamada Vaca Multicolor, encontró a ese joven apoyado contra un árbol y lanzando sobre el valle una mirada plena de tristeza. Zaratustra rodeó con un brazo ese árbol y le habló así al joven:

—Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría hacerlo. Pero el viento, al cual no vemos, lo agita y lo doblega a su capricho. De igual manera somos nosotros doblegados y agitados por manos invisibles.

Asustado, se incorporó entonces el joven y respondió:

—Escucho a Zaratustra y cabalmente pensaba en él.

—¿Por qué te asustas?—le preguntó Zaratustra—. El mismo suceso ocurre al hombre y al árbol. Cuando más aspira a elevarse hacia las alturas y hacia la claridad, más profundamente ahonda sus raíces en la tierra, en las tinieblas y en el abismo. ¿En el mal?

—¡Sí, en el mal!—exclamó el joven—. ¿Cómo es posible que hayas descubierto mi alma?

Sonrió Zaratustra y expresó:

—Hay almas que no se descubrirán nunca, a menos que se comience por inventarlas.

—¡Sí, en el mal!—insistió el joven—. Decías verdad, Zaratustra. Ya no tengo confianza en mí mismo, desde que pretendo ascender a las alturas; ni nadie tiene ya confianza en mí. ¿De dónde puede provenir esto? Me transformo con demasiada rapidez. Mi presente contradice mi pasado. Salto con frecuencia los escalones cuando asciendo, cosa que no me pardonan los escalones. Cuando llego a la cima me encuentro solo, siempre solo. Nadie habla. El frío de la soledad me hace temblar. ¿Qué es, entonces, lo que pretendo en las alturas? Mi desprecio y mi deseo aumentan a la par. Cuanto más me elevo más desprecio a quien se eleva. ¿Qué es lo que pretende él en las alturas? ¡Cuánto me avergüenzo de mi ascensión y de mis resbalones! ¡Cuánto me río de mi respiración jadeante! ¡Cuánto odio a quien emprende su vuelo! ¡Cuán fatigado estoy cuando me encuentro en las alturas!

Guardó silencio el joven. Zaratustra miró el árbol cerca del cual permanecían en pie, y habló así:

—Único en la montaña se eleva este árbol. Ha crecido muy por encima de los hombres y de los animales. Y si quisiera hablar, nadie lograría comprenderle. De tal modo ha crecido. Desde entonces espera y espera sin cesar ¿Qué espera? Vive demasiado cerca del dominio de las nubes. ¿Espera, acaso, la primera descarga del rayo?

Luego que Zaratustra dijo esas palabras, con gran vehemencia exclamó el joven:

—Tú dices la verdad, Zaratustra. ¡Yo he deseado mi caída al querer alcanzar las alturas, y tú eres el

rayo que esperaba! ¡Mírame! ¿Qué soy yo aun después que tú nos has aparecido? ¡La envidia me ha matado!

Así hablaba el joven y lloraba amargamente. Zaratustra le rodeó la cintura con su brazo y lo llevó consigo.

Y cuando hubieron caminado juntos durante algunos minutos, Zaratustra comenzó a hablar así:

—Tengo el corazón desgarrado. Tu mirada me indica todavía mejor que tus palabras todo el peligro que corres. Todavía no estás libre, todavía buscas la libertad. Tus pesquisas te han hecho noctámbulo y te han proporcionado excesiva lucidez. Quieres subir libremente hacia las alturas y tu alma tiene sed de estrellas. Pero tus malos instintos, también ellos, tienen sed de libertad. Tus perros salvajes quieren ser libres y ladran de alegría en su cueva, cuando tu espíritu aspira a abrir todas las cárceles. Todavía, para mí, eres un prisionero que aspira a la libertad. ¡Ay! El alma de semejantes prisioneros llega a hacerse prudente, pero, también, astuta y malvada. Quien ha libertado su espíritu aún necesita purificarse. Mucho queda en él de violencia y de fango. Es preciso que su mirada se purifique. Sí; conozco el peligro que corres. Pero, en nombre de mi amor y de mi esperanza, yo te conjuro: ¡no arrojes lejos de ti tu amor y tu esperanza! Todavía tú te sientes noble. Y aquellos que desean tu mal y te miran con malos ojos, también te tienen por noble. Sabes que todos ellos encuentran algún noble en su camino. Todos, también los buenos, encuentran algún noble en su camino. Y aun cuando le llamaren bueno, sólo sería para arrojarle a un lado. El hombre noble aspira a crear algo nuevo y una nueva virtud. El hombre bueno desea las cosas viejas y que las cosas viejas sean conservadas. Pero el peligro del hombre noble no es que llegue a hacerse bueno, sino insolente, burlón y destructor. ¡Ay! Yo he conocido hombres que perdieron su esperanza más alta. Y, desde entonces, calumniaron todas las altas esperanzas. Descaradamente vivieron entregados, desde entonces, a ruines deseos y difícilmente se señalaron un objeto de un día para otro. «El espíritu es una voluptuosi-

dad», decían. Entonces se quebraron las alas de su espíritu. Ahora no hace más que arrastrarse, y a su contacto todo se ensucia. Antes soñaban con llegar a ser héroes; ahora sólo son gozadores. La imagen del héroe les causa espanto y pesadumbre. Pero, en nombre de mi amor y de mi esperanza, yo te conjuro. ¡No arrojes lejos de ti al héroe que hay en tu alma! ¡Santifica tu más alta esperanza!

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS PREDICADORES DE LA MUERTE

— **HAY** predicadores de la muerte y abundan en la tierra individuos a los que debe predicarse la renuncia a la vida. Abundan en la tierra los superfluos; la vida está echada a perder por tanta humanidad superflua. ¡Que la atracción de la «vida eterna» los induzca a alejarse de esta vida! A los predicadores de la muerte se los llama «amarillos»; también se los llama «negros». Pero quiero mostrároslos bajo otros colores. Los más terribles son los que llevan dentro de sí el animal de la selva y que no pueden escoger sino entre las concupiscencias y las mortificaciones. Y sus concupiscencias son también mortificaciones. Todavía no han llegado a hacerse hombres estos seres terribles. ¡Que prediquen, pues, el aborrecimiento a la vida y que se vayan! He aquí a los tísicos del alma, que, apenas nacidos, ya comienzan a morir y aspiran a las doctrinas del cansancio y del renunciamiento. ¡Quisieran estar muertos y nosotros debemos santificar su voluntad! Guardémonos de resucitar estos muertos y de hacer daño a estos ataúdes vivos. Si encuentran un enfermo, o un anciano, o un cadáver, exclaman en seguida: «¡Refutada está la vida!» Pero ellos solos son los refutados, y con ellos su mirada, que no ve sino un solo aspecto de la existencia. Rodeados por espesa melancolía y ávidos de las pequeñas casualidades, que traen la muerte, así aguardan, apretando los dientes. O bien, extienden la mano hacia las golosinas, y se burlan de sus propias puerilidades. Están enganchados a la